

## VIDA Y PASIÓN DE LOS TOPÓNIMOS

---

Ernesto Salazar

---

La reciente publicación de *Las Toponimias de Cajías y Girón* de Julio Espinosa y Germán Jácome (Casa de la Cultura Ecuatoriana, Cuenca, 1989) y de *Toponimias Azuayas* de Oswaldo Encalada (Banco Central del Ecuador, Cuenca, 1990) ha puesto nuevamente sobre la mesa un viejo tema que, por haber sido mal abordado desde el comienzo, no ha logrado ser tratado en su justa dimensión.

El estudio de la lingüística histórica surge en el país en la década de 1940, generando a través de los años una abundante literatura en la que se han destacado los trabajos pioneros de Luis Paz y Miño, Jacinto Jijón y Caamaño, Carlos Grijalva y Aquiles Pérez, entre otros. Lamentablemente, esta producción bibliográfica (demasiado descriptiva y hasta tediosa en su lectura) fue poco atractiva para las nuevas generaciones de lingüistas, y al presente es consultada solamente por buscadores de curiosidades.

Valga señalar, a manera de diagnóstico de la situación, que no ha sido posible determinar, con cierto grado de confianza, las lenguas que se hablaban en el Ecuador aborigen, al tiempo del contacto con los españoles. De hecho, ni siquiera se dispone de vocabularios básicos, condición *sine qua non* para identificar o aislar una lengua. De ahí que ciertos idiomas, como el Cara o el Panzaleo, son entelequias artificiales que probablemente no resistirían un riguroso análisis lingüístico. No se conoce, en efecto, de ninguna lengua que haya sido reconstruida a base de patronímicos o topónimos, como se ha pretendido hacer en la lingüística histórica ecuatoriana.

Es necesario reconocer que los estudios filológicos nacionales se empantanaron en un callejón sin salida, fundamentalmente porque no se utilizaron principios lingüísticos apropiados (si realmente se utilizó alguno). El método más conocido fue reportar listas de patronímicos y topónimos indígenas locales y establecer su distribución geográfica que, a la postre, señalaba el "territorio" de determinada etnia precolombina. Por otro lado, el tratamiento de los topónimos mismos fue tan mal concebido que perdió su validez como instrumento de interpretación histórica. Conocido es el "análisis" en el que éstos son disectados en sílabas, cada una perteneciente a una lengua diferente y con su propio significado. La idea era obtener un acercamiento "etimológico" del topónimo; pero la traducción de sus sílabas constitutivas era a menudo tan errática, que el significado global del topónimo resultaba de lo más incoherente. A pesar de ello, con esta metodología se ha tratado de "probar" cosas como el paso de los Caras por el Noroeste de Sudamérica, la existencia del reino de Quito y la llegada de los Mayas al norte del país.

Ese es el escenario, por así decirlo, en el que surgen las obras arriba mencionadas,

enriqueciendo de paso una cuasi tradición cuencana representada por lingüistas y literatos que se interesaron mucho por la toponimia local, como F. Talbot, Octavio Cordero, Manuel Moreno, Carlos Aguilar, Jesús Arriaga y Glauco Torres, por citar los más relevantes.

El libro de Encalada trae una breve introducción sobre la naturaleza de la toponimia, y la formación y evolución de los topónimos, con ejemplos de la provincia del Azuay. Lamentablemente, el tratamiento de estos temas es tan ligero y escueto que no llega a constituir una teoría de la toponimia azuaya. Es evidente que para Encalada es más importante la segunda parte de su libro, un larguísimo diccionario de 4583 topónimos en cuya entrada se registra apenas su etimología y la ubicación geográfica del lugar.

Dado que no existe planteamiento teórico, tampoco hay análisis del material ni explicación alguna de la naturaleza de la toponimia azuaya y su evolución histórica. Al menos, esto es lo que espera el lector cuando Encalada anuncia que la toponimia "nos permite conocer la idiosincrasia de un pueblo". De esta manera, el esfuerzo investigativo de un lingüista capaz se ve reducido a la mera recopilación de topónimos, para lo que no se requiere más que un mapa topográfico y un diccionario.

Comparativamente, el trabajo de Espinoza y Jácome es mejor elaborado, tiene mayor alcance, y refleja empeño en la investigación. La parte "teórica", aunque expuesta en forma desorganizada, incluye cosas interesantes como la descripción geográfica de las zonas estudiadas, los antecedentes históricos y arqueológicos, y notas lingüísticas sobre la morfología y evolución fonética de los topónimos. Luego viene un diccionario de 719 vocablos con la correspondiente etimología y ubicación geográfica del lugar, a las que se añade la "razón" del topónimo. Esta es sin duda la contribución más importante del libro, ya que cada entrada del diccionario tiene una explicación de carácter botánico, zoológico, etnográfico o folklórico, que da al topónimo la relevancia que requiere para su utilización en la investigación histórica. Más aún, los autores han indagado sobre los viejos temas que dan vida a los lugares en la imaginación popular: leyendas, encantamientos, lagunas "bravas", diablos, muertos que andan, entierros de oro, etc. En fin, es evidente que los autores recorrieron los lugares, hablaron con los vecinos, tomaron fotografías; en suma, hicieron el respectivo "trabajo de campo" que, en cambio, falta en la obra de Encalada.

Espinoza y Jácome concluyen su obra con un análisis de los topónimos estudiados, que se reduce en gran medida a determinar la frecuencia de las categorías de topónimos (simples, compuestos, quichuas, cañaris, etc.) que han establecido previamente. Realmente, no se trata de demostrar nada, porque no ha habido un planteamiento teórico concreto que se trate de dilucidar en el análisis. Quedan todavía en pie las grandes interrogantes de la toponimia azuaya que las obras aquí comentadas no han logrado responder: ¿Cuál fue el proceso de sustitución de topónimos cañaris por quichuas? ¿Hay alguna geografía religiosa que obligue a vencedores y vencidos a defender sus topónimos? ¿En qué se diferencia la sustitución toponímica inca de la española?

Todavía hay mucho trabajo por hacer y esperamos que en el resto del país otros especialistas investiguen nuestro pasado lingüístico. En realidad, por encima de las deficiencias anotadas (que aquí se les señala más bien con el afán de orientar futuras investigaciones), hay que felicitar a los autores de ambas obras por el esfuerzo realizado, y particularmente por su franca posición en defensa de la toponimia vernácula.

En efecto, desde hace algún tiempo, el gobierno y la Iglesia se han dedicado a la

ingrata tarea de sustituir los topónimos aborígenes por nombres de santos, hombres ilustres (curiosamente nunca hay topónimos de mujeres ilustres) y hasta políticos, produciendo el desarraigo de los pobladores que, además de no identificarse con su nuevo patrono, ni siquiera pueden derivar de su nombre un gentilicio decente, como cualquier honoratovazquense puede atestiguar.

Esta situación no deja de tener repercusiones negativas. En el ámbito académico, constituye indudablemente un óbice para la investigación histórica, porque priva al estudioso de información valiosa sobre el proceso cultural (alianzas matrimoniales, difusión de cultos, desplazamientos de pueblos, invasiones, etc.). Desde otro punto de vista, el cambio de topónimos representa un acto de agresión cultural que despoja al pueblo de los puntos de referencia de su espacio vivencial. Por qué habría de darse a un lugar como Arriero-puñuna (descanso del arriero) un nombre de santo o hereje, cuando toda la gente sabe de ese lugar precisamente porque allí dormían los contrabandistas de aguardiente, que cruzaba a hurtadillas el macizo del Cajas? Algo habrá que hacer para que esto ya no suceda. La historia de nuestro despojo ha sido demasiado larga: nos quitaron el idioma, la religión y las tradiciones, y ahora nos están robando hasta los topónimos! *O tempora, o mores!*

## **LA EPOCA ABORIGEN EN LA NUEVA HISTORIA DEL ECUADOR**

Segundo Moreno Yánez

Ha tenido gran acogida la "Nueva Historia del Ecuador"; producto final del esfuerzo conjunto de una nueva generación de historiadores y científicos sociales. Es, por lo tanto, un momento privilegiado para hacer una reflexión que realce un análisis objetivo de sus aportes y señale las tendencias futuras en la historiografía ecuatoriana. Quizás hasta el presente y por circunstancias sin duda encomiables, se ha subrayado más la labor editorial y publicitaria de la "Nueva Historia", por lo que es un privilegio exponer los aportes en la redefinición de los términos del análisis histórico, desde los que se ha buscado superar las visiones ideológicas tradicionales sobre la Epoca Aborigen y privilegiar la participación de los actores sociales colectivos.

### **OBJETIVOS Y PROPUESTAS DE UNA NUEVA VISIÓN DE LA HISTORIA ECUATORIANA**

Varios son los objetivos propuestos por los autores de los dos primeros volúmenes de esta obra, que corresponden al proceso histórico durante la Epoca Aborigen. Por un lado, ante la disyuntiva que ha sido característica del pasado entre "hacer ciencia sin pueblo", mantener un "pueblo sin ciencia", los investigadores, a la par de rechazar por un lado el puro positivismo científico o el dogmatismo de algunas corrientes marxistas

y, por el otro, las concepciones que sirven de base a los trabajos elaborados para "consumo popular", han puesto como fin de su actividad profesional, la búsqueda de una "ciencia para el pueblo". La afirmación anterior significa, por lo tanto, adquirir la conciencia de que es deber de los investigadores, reconstruir la memoria popular con la acumulación de la experiencia histórica, a fin de fundamentar, sobre bases reales y sólidas la identidad y la autovaloración de nuestro pueblo.

Como en toda la "Nueva Historia del Ecuador", los volúmenes correspondientes a la Epoca Aborigen, son también el fruto de un esfuerzo homogéneo e interdisciplinario. La búsqueda de una comprensión objetiva de la realidad ha obligado a relacionar los conocimientos de la Arqueología con la Etnohistoria y la Antropología Social: ciencias que hasta hace algunos años marchaban disgregadas y aisladas entre sí, pero que juntas ofrecen una visión más adecuada y enriquecedora del proceso histórico de los grupos sociales que actualmente conforman el Ecuador.

La interpretación del pasado, no puede transformarse en dicotomía con la realidad presente, sino que además de evidenciar una estrecha coherencia entre la visión del pasado y la explicación del presente, debe incluso ofrecer conocimientos aplicables que proporcionen soluciones a los problemas actuales: sean estos de índole ideológica o relacionados más directamente con tecnologías específicas. Un objetivo de enorme trascendencia es ofrecer los más nuevos resultados de las investigaciones de las ciencias sociales relacionadas con la Historia, a las instituciones y personas que han tomado a su cargo la ardua tarea de la difusión científica y cultural, a fin de que se transformen en pautas seguras para la elaboración de textos escolares, redefinición de los criterios museológicos anticuados y producción de resultados alternativos por parte de los medios de comunicación social.

Las consideraciones anteriores buscan poner de relieve que el conocimiento histórico no es una simple relación cognoscitiva entre un sujeto y un objeto, sino una relación existencial entre dos procesos, cuyas significaciones se intermodifican. "La Historia -como alguna vez afirmó con razón Pablo Macera- es aquel modo prospectivo del tiempo y la realidad en que domina el futuro, en cuya función y la de sus realizaciones aproximativas (lo presente) se ordena y reorganiza todo el pasado".

La nueva visión de la Epoca Aborigen, como asevera Jorge Marcos, sin embarcarse en la discusión sobre la validez o no del "Modo de Producción Asiático", para caracterizar las formaciones sociales de Andinoamérica, coincide con la interpretación dada por Tosi al planteamiento de Marx en los "Grundrisse der Kritik der Politischen Oekonomie" y que se refiere al desarrollo de las sociedades no europeas. En la dinámica de las formas sociales correspondientes al Modo de Producción Asiático, es posible detectar tres estadios sucesivos: La "comunidad nómada" compuesta por recolectores dependientes de recursos limitados, ubicada en asentamientos temporales y caracterizada por estructuras de parentesco complejas; la "comunidad tribal" en la que la apropiación del territorio es permanente gracias a la expansión continua de los asentamientos de los agricultores, la que, junto con la forma de propiedad comunitaria reordena las condiciones de reproducción social y producción de excedentes; y finalmente el "gobierno centralizado y despótico" que, gracias a la diferenciación social y al descubrimiento de formas coordinadoras del trabajo colectivo, obtiene la unidad ideal, que se transformará posteriormente en los estados originarios.

El planteamiento brevemente explicado en líneas anteriores ha sido la pauta tácita

para dejar, en lo posible, de lado la periodización estática de la Arqueología normativa y tradicional que, al enfatizar el análisis de las formas y estilos de artefactos, especialmente ceramios, elaboró secuencias cronológicas con el afán de descubrir arquetipos y reconstruir sus variaciones a través del tiempo, dividido en períodos denominados Formativo, Desarrollo Regional e Integración.

En lugar de explicar los cambios culturales en términos de migraciones humanas, difusión de estilos y otras contingencias, nuestra visión parte de una concepción dinámica de la cultura, que responde a las necesidades del grupo social y se estructura de acuerdo al grado de organización que éste ha alcanzado. Al respecto, no se pretende imponer nombres y fechas que delimiten los niveles de la periodización, sino más bien poner de relieve que en las "sociedades pre-clasistas" las contradicciones se desarrollan entre el hombre y su ambiente natural y a nivel de las estructuras de parentesco, dialéctica que posteriormente será reemplazada por otra dinámica en las "sociedades clasistas". De este modo, como grandes períodos de referencia para la Epoca Aborigen, pueden ser mencionados: la "formación social de los recolectores y cazadores", previa a la revolución neolítica; la "edad de los campesinos-aldeanos", que en un primer estadio presentaría la forma de asentamientos aislados y en su etapa superior de aldeas concentradas, algunas de ellas verdaderos centros ceremoniales, a la par de un desarrollo de los sistemas agrícolas. Finalmente y con posterioridad a la revolución urbana se iniciaría la edad de la civilización, con el consiguiente desarrollo de las diversas formas del Estado.

Para el caso ecuatoriano es de singular importancia el estadio de los "señoríos étnicos" o caudillajes, que se distinguen del nivel tribal por la presencia de centros coordinadores de las actividades económicas, sociales y religiosas, y en cuyo seno la cultura tribal se anticiparía a la formación del Estado, con todas sus complejidades. De la comparación entre los conceptos etnológicos que definen este tipo de sociedades complejas y el material etnohistórico especialmente temprano, extraído de la documentación española, es manifiesto el desarrollo institucional de estas formaciones políticas, en algunas regiones correspondientes al actual Ecuador, previo a la invasión incaica, afirmación que para algunos casos estaría ampliamente comprobada por el registro arqueológico y los estudios consiguientes.

La aseveración anterior permite, por lo tanto afirmar que no existen suficientes evidencias para reconocer en el territorio del actual Ecuador y en el período pre-incaico la existencia de un Estado aborigen, considerado éste como el componente específicamente político de la dominación en una sociedad territorialmente delimitada. Por lo mismo valga la pena señalar que es injustificable en el Ecuador la indiferencia de que ha sido objeto Atahualpa, el verdadero fundador del Estado quiteño, por la desmedida y a veces irracional credibilidad que se ha otorgado a tradiciones tardías y elaboradas por la élite criolla del siglo XVIII.

#### APORTES Y TEMÁTICAS RELEVANTES

Sin intentar desvalorizar los valiosos estudios que aparecen en los restantes volúmenes de la Nueva Historia del Ecuador, se puede aseverar con objetividad y sano orgullo que los dos primeros volúmenes correspondientes a la Epoca Aborigen, por su nivel de coordinación entre los autores y por el manejo altamente profesional de las temáticas ofrecen significativos aportes que, sin duda, serán en los años futuros objeto

de análisis y de fructíferas discusiones.

No es este el momento de hacer, en forma exhaustiva, una exposición de todas las temáticas relevantes tratadas en sus páginas. Una presentación de la obra obliga sin embargo, a señalar, de modo breve y a manera de ejemplos, algunos temas significativos.

Además de poner al día muchos datos arqueológicos, considerados no como fines en sí, sino como la evidencia de manifestaciones del comportamiento humano, la Nueva Historia trata al Hombre ecuatoriano en íntima relación con su adaptación al medio ambiente. Los vestigios paleoindios que se han descubierto a diversas alturas dentro del Callejón Interandino permiten afirmar que desde muy temprano el hombre recolector y cazador ocupó todos los pisos ecológicos de la gradiente andina, particularmente el páramo y la puna, considerados hoy como medio ambientes más bien inhóspitos. Los paleoindios de la Costa, en cambio, parecen haber disfrutado de una economía mixta de recursos locales. La transformación de la etapa Paleoindia a la Arcaica, que probablemente coincide con la extinción de la megafauna pleistocénica, hacia el año 6.000 antes de nuestra era, demuestra una nueva concepción de la relación hombre-naturaleza, la que duró hasta la aparición de los sistemas agrícolas, entre el 3.000 y 2.000 antes de Cristo, y que coincide con la domesticación de plantas y animales.

Dentro del afán desmitificador de la Nueva Historia, Ernesto Salazar nos quita también la vana ilusión de haber encontrado un hombre fósil ecuatoriano y pone en claro especialmente las controvertidas y dudosas evidencias arqueológicas de la mayoría de complejos precerámicos encontrados en la península de Santa Elena, por la expedición de la Universidad de Columbia y que han sido acogidos sin comentarios o alguna evaluación crítica, por varios autores nacionales y extranjeros:

Sugereses son también la hipótesis de una sola tradición cultural para los restos arqueológicos de El Inga, cueva de Chobshi y páramo de Cubilán, en la región Interandina ecuatoriana, y las evidencias de la domesticación de perros encontradas en la cueva de Chobshi, entre el 8.000 y 5.500 a.C. como compañeros de los cazadores paleoindios.

Jorge Marcos, por su parte, pone de relieve el papel protagónico de las regiones tropicales húmedas en la aparición y el desarrollo de los sistemas agrícolas y señala que tanto en América como en el Viejo Mundo, el desarrollo inicial de la domesticación de las plantas fue un fenómeno centrado en las grandes cuencas fluviales tropicales y subtropicales, como las cuencas del Guayas y del Amazonas. Podría ser que los pescadores sedentarios de los trópicos, a la par de la calabaza, algodón y algunas especies de barbascos, descubrieron la posibilidad de domesticar, como plantas alimenticias, el otoy (tubérculo tropical), algunos tipos de camotes y plantas antecesoras silvestres de la yuca. Esta se habría domesticado en el noroeste de Sudamérica hace más o menos unos 5.000 años. De todos modos, la existencia en las evidencias arqueológicas de "ralladores" y "comales" en los estratos correspondientes al Formativo tardío (Chorrera: 1.500-500 a.C.) es un excelente indicador del uso de la yuca amarga.

Las aseveraciones anteriores demuestran una vez más, que la revolución neolítica se inició con la domesticación de las plantas y que el maíz no fue la planta que impulsó esa revolución, sino que la enriqueció posteriormente. Su domesticación desde su matriz silvestre, el "teosinte", gramínea silvestre mesoamericana, hasta el proto "Nal Tel-Chapalote" probablemente se dio en la América Central, no así la selección hacia maíces con granos cada vez más ricos en fécula y de cutícula más suave: proceso que parece

tuvo lugar hace unos 9.000 años, en las planicies tropicales del Area Septentrional Andina, específicamente en la cuenca del Guayas y en la Amazonía, hasta llegar a producir el más eficiente de los harinosos del "linaje del maíz de ocho"; aquel que sirvió para alimentar y consolidar al imperio Inca. Andinoamérica fue también el área donde se desarrollaron los maíces adaptados a grandes alturas, y desde donde hacia el 1.600 a.C. es reintroducido nuevamente en Mesoamérica, donde se convertirá en la base de calorías de la dieta de muchos pueblos americanos.

El Ecuador, con una gran variedad de medio ambientes asentados en un pequeño territorio, se transformó en un laboratorio natural de la adaptación y desarrollo de plantas útiles al hombre y donde se experimentaron nuevas tecnologías. Una forma, quizás la más antigua y todavía vigente en el Ecuador, es el cultivo por bandas en las playas y vegas de los ríos convertidas en depósitos de limo durante la estación seca: tecnología aplicada en Valdivia y que se remonta, por el momento, al 4.500 a.C. en Colimes de Balzar.

Los sistemas de "roza y quema", que todavía perduran en algunos sectores de la Costa, fueron de uso general hasta la reciente introducción de la tecnología agrícola moderna. Después de los desmontes era posible desarrollar dos variantes de cultivos: el "conuco" y la "milpa". En el primero no se cortan los grandes árboles y se siembra intercalada una variedad de plantas útiles dominadas por la yuca; la variante "milpa" por su lado consiste en limpiar el claro de toda vegetación, para sembrar extensos plantíos, generalmente de maíz y de otros granos útiles. Además de que el "conuco" es el típico sistema de cultivo del trópico húmedo, parece ser un sistema más antiguo que la "milpa" y consiste en la sustitución de unas especies vegetales por otras más útiles al hombre, lo que se logra mediante una roza y quema selectiva, que deja en pie la mayor parte de la vegetación primaria: sistema que a su vez no permite la desecación y endurecimiento de los suelos.

Tanto la "milpa" como el "conuco" son prácticas agrícolas de policultivo, pero difieren básicamente en que el "conuco" es un sistema vegetal altamente generalizado, centrado en la yuca, mientras que en la "milpa" la orientación principal es hacia el maíz y otros cultivos de granos. La presión sobre los nutrientes del suelo es mayor en los cultivos de granos que en los de raíces, fenómeno que produce un acelerado agotamiento de los suelos y una mayor erosión por el viento y la lluvia. Los hallazgos de instrumentos agrícolas, sirven para indicar que esta práctica se encontraba en uso en la Costa ecuatoriana ya en el 4.000 a.C. y que quizás sirvió para transformar en sabana extensas planicies en la península de Santa Elena.

El sistema más eficiente en la agricultura tropical húmeda parece que fue el cultivo en "campos elevados" o "camellones": extensiones variables de suelo donde se intercalan canales y terraplanes de cultivo. El cultivo en campos de camellones es un sistema agropecuario complejo, cuya extensión depende de la densidad poblacional, pero que puede ser manejado a nivel familiar. Además de la irrigación por canales, las tierras semiáridas, por su parte, necesitaban del uso de las albarradas, que se generalizaron en la península de Santa Elena, hace unos 2.500 años, durante la ocupación Engoroy del horizonte Chorrera.

En las laderas andinas, así como en los valles serranos, como el de Guayllabamba, se construyeron verdaderas obras de ingeniería agrícola en la forma de terrazas de cultivo, completadas con acueductos y acequias para irrigarlas: sistemas de regadío que, en gran parte, todavía son usados en la agricultura serrana.

De este modo, los grupos humanos que florecieron en Andinoamérica Septentrional, gracias al desarrollo de los sistemas agrícolas, transformaron a las sociedades agroalfareras más simples del período Formativo Temprano en jefaturas que fueron capaces de construir durante el último milenio antes de la llegada de los españoles, grandes centros ceremoniales y núcleos de control político. Quedan como remanentes de estas sociedades los complejos de montículos o "tolas" del Área Septentrional Andina, como los de Jerusalén, Chillintomo, entre los muchos de la cuenca del Guayas; los de Cochasquí, Zuleta y otros en la provincia de Imbabura; y los de Sangay y el Puyo, entre otros, en el Oriente.

Finalizando el análisis de los sistemas agrícolas, como la explicación más adecuada de la denominada "revolución neolítica", adquiere singular importancia en la Nueva Historia proponer los lineamientos fundamentales de la "revolución urbana", fenómeno preliminar según Childe y condición originaria de la "edad de la civilización". Más que detectar los orígenes en sí de los primeros poblados aborígenes, José Echeverría, intenta delinear su desarrollo histórico y descubrir, en base a sus vestigios, la expresión concreta de cada forma económica y social. Real Alto es hasta el momento, la evidencia arqueológica más antigua de los inicios del urbanismo (3.500-2.000 a.C.). Su asentamiento complejo que ocupa una área de doce hectáreas y el orden en la distribución de las aproximadamente 150 casas alrededor de la plaza central, manifiestan un patrón poblacional que obedeció a un plan preconcebido, el que se rigió por las dos estructuras ceremoniales que dominaban la plaza central.

La "personalidad urbana" de Real Alto parece repetirse en otras áreas geográficas ocupadas por asentamientos "Valdivia", donde es evidente la presencia de un núcleo ceremonial, como cohesionador de la vida económica y social. La Ponga (1.200-800 a.C.) y San Isidro se perfilan también como centros tempranos de articulación regional y son contemporáneos del asentamiento poblacional de Cotocollao (2000-500 a.c.): verdadera comunidad aldeana, que demuestra una organización del espacio con áreas destinadas al cementerio y con determinadas concentraciones habitacionales. Otros asentamientos, con análogas características culturales, se han ubicado también en la sierra norte y su relativa cercanía a las "bocas de montaña" demuestran su situación estratégica en los núcleos de redes viales prehistóricas. Tal fue probablemente el caso de Quito, como poblado anterior a la invasión incaica, y como centro convergente de un sistema complejo de intercambio a nivel interzonal.

Los asentamientos encontrados en las "cejas de montaña": a ambos lados de la Cordillera demuestran también una dinámica cultural relacionada con los grupos aborígenes de la Sierra. Los valles de Quijos y Cosanga demuestran vestigios de construcciones arquitectónicas combinadas con terrazas agrícolas y montículos artificiales, que servían de basamentos de viviendas y que evidencian un trabajo organizado y una cierta planificación. Desde el punto de vista arquitectónico, el sitio arqueológico Sangay, ubicado en las estribaciones orientales del volcán homónimo constituye un asentamiento de enorme interés, con vestigios de calles rectilíneas que conectan los complejos ceremonial y habitacional.

Un posterior desarrollo de la agricultura y del intercambio se expresó en la conformación de conglomerados "urbanos", donde las evidencias arqueológicas demuestran no solo una diferenciación social sino también la existencia de barrios de especialistas. A modo de ejemplos se mencionan en la Nueva Historia las áreas de

montículos de la Tolita, cuyo desarrollo religioso ceremonial parece que alcanzó notable impulso, los poblados en la bahía de San Mateo y Atacames, Jocay y Salango. La Sierra norte conocida mejor gracias a la interpretación de fotografía aérea, muestra la existencia de más de 3.000 montículos, distribuidos en unas 50 unidades. Son conocidos los "sitios-tola" de Pinaquí, Socapamba, Zuleta y particularmente Cochassquí. La ceja de montaña, en las estribaciones noroccidentales del volcán Pichincha, presenta entre otros complejos las ruinas de Tulipe, mientras al sur del volcán Igualata, Jacinto Jijón y Caamaño descubrió los restos de la denominada por él "ciudad de San Sebastián" (Guano), sepultada bajo 5,60 metros de capas cálicas y volcánicas.

"Formaciones políticas tribales y señoríos étnicos" es la propuesta de una nueva Antropología prehispánica del Ecuador, que intenta captar, especialmente en los períodos de la Epoca Aborigen, las tendencias hacia el predominio de una formación social sobre otras, la que puede transformarse en una función integradora a nivel económico, ideológico y político. El inicio del desarrollo de esta tendencia coincide con la disolución de las comunidades agrarias, mediante la introducción de las relaciones de producción de excedente, del intercambio de productos y del concepto y práctica de la alineación en la sociedad. En la historia, la formación y separación de las clases sociales señala la circunstancia originaria de la sociedad civil. El conflicto por controlar y regular las contradicciones tendrá posteriormente como resultado la formación de las agencias concretas del Estado.

Las aseveraciones anteriores no significan que toda formación social devenga en el Estado. Sin embargo el proceso de formación de las esferas pública y privada y su oposición es más universal y tarde o temprano será asumido por el Estado, considerado éste como el componente específicamente político de la sociedad.

Aunque hasta el momento los estudios sobre Mesoamérica y el Area Andina, que se refieren al desarrollo de las formas tribales hacia la constitución del estado aborigen, han puesto de relieve el control diferencial de los recursos de producción agrícola: tierra, agua y tecnologías apropiadas; al tratar sobre la formación de los Estados originarios, se deben tener en cuenta también otros modelos. Tal sería el caso del desarrollo político de Andinoamérica Septentrional (Ecuador y sur de Colombia), donde los grandes señoríos étnicos se constituyeron en partes de una red de intercambio y en centros de actividades comerciales. Hasta el momento no hay suficientes pruebas que permitan defender, en los Andes Septentrionales, la existencia de formaciones estatales preincaicas; esta afirmación, sin embargo, no significa la negación de un proceso evolutivo autónomo de las sociedades tribales hacia el Estado, proceso que es evidente, por ejemplo, en la confederación defensiva de los señoríos situados en la región Interandina ecuatoriana, entre los Chonos, Lampunas y Manteños. Parece que en todas estas regiones, el desarrollo hacia formaciones estatales no estaba prioritariamente basado en el control de los recursos agrícolas o ganaderos, sino más bien en el acceso a rutas de comercio, en el emplazamiento de "tiangueces" o centros de intercambio y en el control de los "mindalaes" o grupos de mercaderes.

Un análisis exhaustivo de las formaciones económicas y sociales que se desarrollaron a lo largo de la historia aborigen en el territorio del Ecuador actual, demuestra una multifacética heterogeneidad de culturas, idiomas, pautas de vida, sistemas políticos y económicos, que rebasaron incluso al período incaico y a los embates de uniformidad durante la Colonia y República. Digno testimonio de una historia de las diversidades es

la existencia y el afianzamiento de las diez nacionalidades indígenas que son parte integral del Ecuador, cuya demanda de pluralidad pone en crisis y cuestiona la legitimidad del Estado-nación ecuatoriano.

El mapa étnico prehispánico del Ecuador, después de la aparición de la Nueva Historia deberá ser también nuevamente reformulado. Una vez más se comprueba que las líneas divisorias interétnicas no coinciden con las cumbres de las montañas, sino que su límite natural lo constituyeron los profundos ríos. La documentación etnohistórica, por otra parte, demuestra los procesos de migración o expansión de diversas nacionalidades indígenas, las razones de su desaparición o su asimilación por los descendientes más representativos de otros grupos étnicos, que se han transformado, de este modo, en el testimonio de las etnias pretéritas en el ejemplo de consolidación de las nacionalidades indígenas.

La conquista incaica del territorio que ocupa el actual Ecuador, marca el último período de la Época Aborígen. Su proceso, como demuestra Udo Oberem no fue único y se desarrolló en corto tiempo, sino que transcurrió durante más de un cuarto de siglo. Fue un período en el que los ataques y retiradas incaicas y la resistencia de las etnias autóctonas desencadenaron levantamientos y sus correspondientes sometimientos. Por otro lado no se debe entender a la conquista incaica como la ocupación de la totalidad geográfica de estos territorios al norte del Tahuantinsuyo, sino más bien como la obtención de un control sobre las rutas de comercio y sobre las zonas nucleares de dominio.

Centros de importancia durante el Incario y todos ellos situados a lo largo del Capac-Ñan o "camino real", fueron Caranqui, Quito, Latacunga y Tomebamba, con la primacía de este último núcleo urbano durante el reinado de Huayna Cápac. De enorme importancia fue con seguridad la transferencia de la "geografía sagrada" del Cuzco a los nuevos centros incaicos, particularmente a Tomebamba. El influjo cultural incaico y la reorganización económica de los territorios nuevamente conquistados recibieron su más significativo impulso con la transferencia de enormes contingentes humanos: los "mitmajcuna".

Una verdadera consolidación del Incario en los territorios ecuatorianos se dio solo en la época de Atahualpa, quien estuvo unido a las tierras del norte del Imperio durante toda su vida, continuando la ligazón que dejara establecida su padre en los últimos años. Huayna Cápac mantuvo a este hijo suyo en esa zona y desde su adolescencia le hizo formar parte del poderoso ejército que culminó la conquista hasta el río Angasmayo. La presencia de Atahualpa en el ejército del norte le valdrá posteriormente el apoyo de sus jefes y la lealtad de las tropas que lo formaban.

Son de sobra conocidas las vicisitudes de la captura y muerte del último Inca en Cajamarca, aunque se desconoce todavía la fecha exacta de su muerte, puesto que no se han conservado ni el proceso, ni la sentencia dictada contra el Inca. Su muerte hace más de cuatro siglos y medio fue el punto final del proceso unificador de esta porción de América Andina como nuclear en la constitución de su Imperio. Después, como dice Ernesto Cardenal en su "Homenaje a los Indios Americanos":

... fue saqueado el oro de los templos del sol y puesto a circular en lingotes con las iniciales de Pizarro; la moneda trajo los impuestos y con la colonia aparecieron los primeros mendigos

...

En la puna, una tenue flauta como un rayo de luna y el quejido de una quena con un canto quichua: "Chaupi punchapi tutayaca, anocheció en la mitad del día".